

ella está siempre tan triste: porque Fernando es de veras un mal sugeto, sin igual para beber, y debe haber causado muchas penas á una mujer tan buena como vos. ¿No es verdad todo esto?

—Sí,—dijo ella,—es verdad; soy su mujer y no sabía...

—¿Que estuviere tan cerca de vos? Francamente, no perderíais gran cosa; porque Fernando no tiene jamás un sueldo, á causa de que todo se lo bebe. Ahora lo paga bien caro.

—¡Enfermo... y en el hospital!...—murmuró Eufrasia pensativa.

—¿Y dónde había de ir? Ya os digo que no tiene un sueldo ni nada que lo valga; vive en una casa de huéspedes y no se ha cuidado de mandar á la Caja de Ahorros con qué hacerse curar en caso de enfermedad. Este es el fin del obrero sin cabeza... ¡cuánto habéis debido sufrir con él!

Esta insistencia de Paulín, más curiosa que delicada, turbó á Eufrasia, que respondió solamente:

—Siempre hay culpa en estas cosas por las dos partes, monsieur Paulín.

—Por más que digáis, vos sois una buena mujer, laboriosa, arreglada y que habéis debido tener veinte años notablemente bonitos; ¡qué lástima de compañera para semejante bribón! y sin embargo, sentís que se hable mal de él... ¡Ah, si yo hallase una mujer como vos!... basta por hoy, que ya he dicho bastante.

Eufrasia se sonrió tristemente, se despidió del obrero y entró en su cuartito.

.....

¿Qué pasó en su corazón durante aquella noche? ¿qué combate, qué lucha, entre el sentimiento del deber y las pasiones humanas? entre la religión, que manda la humildad y el olvido de las injurias, y el odio orgulloso, que rehusa perdonar y ser perdonado?

La viuda Robert fue despertada por los sollozos de Eufrasia, pero no se atrevió á interrogarla acerca de su dolor.

Por la mañana Paulín vió á su vecina que llegaba á buscarlo, pálida, con los ojos hinchados por el insomnio y las lágrimas.

—Cuando vayáis á ver á Fernando, monsieur Paulín,—le dijo,—avisadme: yo iré con vos.

—Al medio día iremos. ¡Bien decía yo que erais la flor y nata de las mujeres!

XVII

Fernando Lahousse había pasado una noche de torturas, durante la cual se había temido verle espirar en las angustias de esa cruel enfermedad, más cruel aún cuando

ataca una organización arruinada por los excesos.

Hacia la mañana, los calmantes hicieron su efecto y cayó en un sueño pesado y febril; ya estaba despierto desde hacía algún tiempo, cuando la mano discreta de la Hermana de la Caridad, que le velaba, entreabrió las cortinas del lecho y le dijo:

—Vienen á veros.

—Soy yo, Lahousse,—dijo Paulín,—y no vengo solo, ¡mira!

Fernando se incorporó en las almohadas y Eufrosia se aproximó á él. Estaba mortalmente pálida y sus manos y sus labios temblaban bajo el esfuerzo de su voluntad.

—¡Fernando!...—murmuró.

El enfermo la reconoció y respondió con un tono á la vez asombrado y burlón, que ni aun el sufrimiento atemperaba:

—¡Ah! ¡eres tú, vieja! ¿Qué milagro te trae?

—Yo he advertido á tu mujer de que te hallabas aquí,—dijo el honrado Paulín.

—¿Te has metido en eso? ¡Muchas gracias!

—Fernando,—dijo Eufrosia inclinándose hacia él,—¡olvidemos lo pasado!

—¡Ah! ¡el pasado, vieja, no ha sido agradable para ti! Comprendo que lo quieras olvidar... ¡Diez años de prisión y la vigilancia dejan verdaderamente mal recuerdo!

A esta revelación funesta hecha por Fernando con aire burlón y satisfecho, Paulín fijó en la pobre mujer una mirada de espan-

to. Esta había enrojecido, y bajando la cabeza dijo con una humildad sincera:

—¡He cometido una gran falta... lo sé! Pero Fernando, si no hubiese sido empujada á la desesperación, ¿crees que yo hubiera cometido semejante crimen?

—¡Ah, mi historia con Rosina! ¡ya es antigua!

--Yo te he perdonado, y á mi vez te pido perdón. Sólo soy una pobre miserable... pero Fernando, ¿no sabes tú lo que he sufrido!

Lahousse pareció dulcificarse un poco, y dijo:

—Vamos, vamos; es preciso no entristecerse. No se vive más que una vez: á lo menos. ¿Estás bien de cuartos?

—¿De dónde quieres que los saque?—dijo Paulín un poco indignado.

—He aquí cuanto tengo,—dijo Eufrosia poniendo sobre la colcha tres décimos.

Fernando tomó aquel óbolo de la miseria y dijo:

—Haz por venir mañana y por traerme un poco de ginebra, esto me alegrará; ¡ea! vuelve mañana.

—¡Adiós!—le dijo Eufrosia.

Paulín la siguió con aire embarazado, y á la puerta del hospital se quitó su gorra y la dijo:

—Ignoro lo que ha pasado; mas no me quitarán de la cabeza que vos sois una mujer honrada, en tanto que él es un bribón.

Cuando Eufrosia volvió al hospital el día siguiente, llevando, no aguardiente, si no

algunos bizcochos comprados á gran precio, vió que su marido no tenía ya la fisonomía burlona de la víspera. Parecía sombrío y abatido.

—¿Sabes,—le dijo,—la embajada que me ha traído el Doctor?

—No.

—Pues bien; pretende que no curaré en mi vida y que tengo el brazo derecho muerto. Mira, no lo puedo mover.

—¿Y no hay remedio?—dijo Eufrasia con voz alterada.

—Ese pájaro de mal agüero dice que no. ¡Estoy bien! En el oficio de pintor no se hacen ahorros para la vejez. ¡Yo acabé ya!

Tanto como la víspera, su palabra era altanera y burlona, tanto era entonces profundamente desalentada. Eufrasia le miró y sintió miedo y piedad. Este repitió:

—¡Yo acabé ya!

—¿Qué vas á hacer?—preguntó ella.

—¿Y qué quieres que haga? No iré á mendigar, seguramente. ¿No me darán un sitio en los Inválidos? Ya hallaré modo de acabar si me hallo en demasiada miseria, el río corre para todo el mundo, ¿no es así?

—¡Ese es un mal pensamiento! ¡que Dios te envíe otro!

—¿Te has vuelto devota? Tu Dios no te ha dado rentas, sin embargo, á lo que veo.

—Yo no me quejo.

—La verdad es que tú tienes tus brazos y tus piernas, y no hay que quejarse en tanto que se posean sanos.

—Yo espero verte mejor mañana.

No sucedió así: la parálisis persistía é invadía ya hasta los miembros inferiores. Los remedios fueron ineficaces ante la terquedad de la enfermedad, y después de todos los ensayos que la ciencia puede sugerir, fue reconocido y declarado que Fernando Lahousse estaba enfermo á perpetuidad.

—Y, por consecuencia,—dijo á su mujer,—tengo que salir del hospital, que no ha sido edificado para la parálisis. Me van á poner á la puerta, y me tendré que ir á vivir en medio de la calle recibiendo la lluvia y el frío.

Dejó súbitamente este tono burlón, y sumergiendo su cabeza en la almohada, echó á llorar, procurando ocultarse el rostro con la mano que aún tenía sana.

Eufrasia le había odiado. En aquel momento no le amaba. Al pensamiento de aproximarse á él, sentía una repugnancia invencible, y no obstante triunfó de su propio corazón.

—Fernando,—dijo tomando la mano de su marido,—cuando salgas del hospital vendrás á mi casa; yo trabajaré para los dos.

—¿Harías eso?—exclamó Fernando mirándola fijamente.—No me harás mal como á...

Eufrasia palideció horriblemente. Este no se atrevió á continuar la expresión de su fatal pensamiento. Un largo silencio se interpuso entre ambos; pero cuando ella fue á partir, él la dijo esta sola palabra:

—¡Gracias!

Tres días después Fernando se instaló en el pobre recinto donde su mujer había trabajado tanto, sufrido tanto, rezado tanto y Eufrasia empezó al lado de su marido una vida nueva de miseria y de sacrificios.

Del escaso salario que bastaba apenas á su vida, tenía que separar ante todo la parte del enfermo; sus noches, acortadas ya por el trabajo, eran interrumpidas á cada hora por los dolorosos quejidos ó los bruscos llamamientos de Fernando; por el día cosía al lado de éste; por la noche se acostaba en el suelo sobre un delgado jergón, que el ama de la casa le había prestado, y hubo á su parecer, como al de todos, una especie de milagro en la conservación de sus fuerzas, en medio de tantas privaciones y trabajos.

Dios la guardaba y los hombres tuvieron piedad de ella; sus pobres vecinos la ayudaban y le daban para su marido un pedazo de pan más blanco, una taza de caldo, ó algunas frutas secas; la señora que le daba la costura, le ponía de vez en cuando en la mano una moneda de plata, en vez del poco de cobre que constituía su paga y ella misma además se sentía animada de un valor sobrenatural, que no le habían inspirado sus propias necesidades y que todo el mundo aplaudía.

Un solo hombre se exceptuaba y este hombre era Fernando; el trabajo, la abnegación, la paciencia de su mujer, le hallaban igualmente insensible, y ni aun parecía

apercibirse de las fatigas que él le causaba; sus exigencias, sus apetitos de enfermo, que manifestaba con altanería, desgarraban el corazón de la pobre Eufrasia; algunas veces ésta lloraba; pero no eran ni la injuria ni la burla lo que le arrancaban lágrimas; lloraba porque el enfermo deseaba un poco de vino, un trozo de asado, un pastel, y ella no podía dárselo.

—Tómalo prestado,—le dijo un día.

—¿Y quién prestará á unos pobres como nosotros?

—Ve á la tienda, llora, lamentate; las mujeres sabéis muy bien representar comedias y te darán lo que pidas.

—No podría pagarlo y sería robar; he jurado no robar nunca.

—Has hecho bien en jurar, puesto que esto te ha puesto en paz con el Código; mejor quisiera yo robar que matar.

Eufrasia no respondió, pero por la noche, por la primera vez, pidió á la dueña del almacén para donde trabajaba, la limosna de un poco de vino.

La vida de Fernando se gastó antes que la paciencia de su mujer; sufría desde hacía un año y desde hacía algunos meses sus fuerzas se debilitaban y luchaban evidentemente con una descomposición próxima.

Los cuidados y las penas de su mujer se redoblaron; no se cansaba y se volvía ingeniosa para ganar un poco de dinero y procurar á su marido ese superfluo que tan necesario es á los enfermos.

Hubiera dado lo que más amaba en el mundo, para atraer una sonrisa á los labios de este hombre, que ella odiaba en otro tiempo y en quien veía la causa de todas sus desgracias y de todas sus faltas; le amaba entonces, no con el joven amor de los primeros años; le amaba como se ama á un niño enfermo y débil, le amaba como se ama al ser á quien se sacrifica, como se ama al alma que se quiere salvar, y daba sus fuerzas y su reposo y hubiera, dado su sangre por él, por él á quien maldecía otras veces.

¿Dónde bebía Eufrasia este amor noble y difícil?

En la misma fuente donde bebían el suyo los Apóstoles y los Mártires; en las llagas de Jesucristo.

El otoño declinaba y las fuerzas de Fernando parecían bajar con el sol y con el calor; la fiebre devoradora y continua le aniquilaba, creía poder contar aún con meses, con años de vida, y ya le quedaban muy pocos días sobre la tierra.

Una crisis de dolores extremos le puso al borde del sepulcro; él comprendió el peligro y el temor del juicio divino penetró en su alma; á la luz que brilla para los moribundos, leyó las páginas de su vida, páginas, llenas de negras y terribles manchas.

Entonces poco á poco cedió á las súplicas de Eufrasia y consintió en recibir la visita de un sacerdote que, antes de confesarle, debía instruirle; antes de absolverle, iluminarle; ¡en qué noche de ignorancia estaba

sumergida aquella alma orgullosa y cuantas horas de paciencia fueron precisas para hacer penetrar un poco de luz en aquella inteligencia ciega, para extender un poco de bálsamo sobre las heridas de aquella alma gangrenada, para dulcificar con el aroma de las misericordias aquel corazón endurecido!

El Señor del tiempo y de la vida, dió la vida y el tiempo y Eufrasia contó entre todos los días de su existencia, por el más dichoso aquel en que vió á su marido reconciliado con el cielo y recibiendo los últimos Sacramentos, antes de llegar á las puertas de la bienaventurada eternidad.

La noche de aquel mismo día llamó al lado de su lecho á Eufrasia, le tomó la mano y la miró con una expresión de ternura des acostumbrada en él.

—¡Adiós, Eufrasia,—dijo,—y perdóname! ¡yo soy el verdadero culpable! así lo diré á Dios y á nuestra hija... si la vuelvo á ver... ¡yo he sido la causa de todo, pero bien vengada estás... Rosina!... ella me arruinó, ella me embruteció... no sabes lo que he pasado... sin ella hubiéramos sido dichosos... ¿me perdonas?...

Eufrasia le abrazó llorando y él añadió:

—Si veo á Elisa le diré que debe amarte... ¡ruega, ruega por mí!...

Fernando murió al día siguiente, haciendo el último acto de contricción. Eufrasia le lloró amargamente, mas en medio de sus lágrimas bendecía á Dios y le parecía en el ardor de su plegaria que veía aquella alma

purificada, conducida por una niña ó por un ángel que tenía las facciones de Elisa, hasta el trono de Dios.

Sola ya, amortajó el cuerpo que iba á ser devuelto á la tierra, y le extendió de nuevo sobre el lecho, donde durante diez y ocho meses le había visto agitarse y sufrir; mas en el instante en que terminaba aquellos lúgubres cuidados, llamaron á su puerta.

Era su vecina, la viuda Robert, que le dijo sencillamente:

—Vengo á velar con vos á vuestro esposo y á rezar por él.

XVIII

La recompensa.

El helado y rudo invierno ha llegado; los paseantes se apresuran y corren para evitar el áspero cierzo que hiela y corta como un cuchillo; un frío de Siberia reina en la calle; mucho frío hace en las bohardillas de las pobres gentes, y sin embargo, el cuarto de la viuda Robert no presenta un aspecto demasiado triste; el fuego canta en la estufa, la atmósfera es tibia; una lámpara, puesta

sobre la mesa, reparte una viva claridad sobre un grupo laborioso y recogido, compuesto de dos mujeres y una niña.

Esta última, de edad de once años, tenía una figura encantadora, ingénua y dulce, que Greuze hubiera retratado de buena gana; trabajaba con una ardiente aplicación en una obra de punto de media, que visiblemente crecía entre sus hábiles dedos; á su lado se hallaba sentada Josefina Robert; la mirada tierna y atenta con que cubría á la niña, el gesto acariciador con que se inclinaba sobre su hombro para examinar su trabajo, todo revelaba á la madre, aunque no hubiese gran semejanza entre aquel semblante pálido y fatigado guarnecido de cabellos grises, y las facciones graciosas, la frescura delicada y los cabellos oscuros y rizados de la niña, así como tampoco existe entre el tronco añoso del árbol y la rama florida que del mismo brota.

La madre robaba á su trabajo los momentos que empleaba en contemplar á su hija; el crochet de marfil, después de un segundo de suspensión, continuaba su marcha, y un chal de vivos colores adelantaba rápidamente bajo aquellos dedos laboriosos.

Un poco oculta por la sombra, se hallaba otra mujer que manejaba igualmente la lana y las agujas, y trabajaba con una asiduidad constante; mas cuando alzaba la cabeza, cuando buscaba con la mirada á sus compañeras, apenas se podía reconocer á Eufrasia, tan satisfecha y tranquila parecía.